

Leonardo

FABIO ESLAVA CERÓN*

El adolescente frente al analista tiende a comunicarse a través de actuaciones y de lenguaje impreciso. Su uso de las palabras y frases exige para su comprensión de una mayor intuición y, quizá, exposición del analista, en el sentido de que éste se ve precisado a abrir su percepción teniendo en cuenta las sutiles señales que el paciente nos pone al alcance, palabras y gestos que no son solamente para comunicarse, sino para afirmar su individualidad. La importancia del espacio intermedio, en el cual se darán los avatares del análisis, protegido por el sostén del encuadre, se nos presenta con su función transicional con gran claridad en el psicoanálisis de adolescentes.

Mi intención al traer a ustedes esta presentación es la de compartir la experiencia de la activación de elementos tempranos de la mente de un joven, y la modificación simultánea de la disposición propia del analista, en sintonía con lo ocurrido en el momento del análisis que paso a describir.

Leonardo parecía un muchacho común y corriente. Consultó enviado por la familia porque tenía dificultades académicas en su bachillerato, roces permanentes con el padre, actuaciones provocadoras de castigos en el colegio, períodos de ansiedad y tristeza, así como la presencia permanente de la sensación de daño inminente de naturaleza poco clara.

Leonardo comenzó por asistir puntualmente a las citas acordadas, adoptando siempre la misma ubicación en el consultorio. Se sentaba en el diván de manera que no quedaba del todo enfrenteado conmigo, sino en un ángulo recto. Miraba hacia el suelo o en dirección opuesta a la mía, con expresión indiferente. Permanecía en silencio y ocasionalmente respondía a preguntas mías con frases neutras o palabras de gran hermetismo. ¿Cómo le iba en el colegio? Bien, igual, lo mismo, etcétera. Muy ocasionalmente se mostraba animado y comenzaba a contar algunos episodios de la vida escolar, especialmente “travesuras” a veces francamente vandálicas en grupo, en las que mostraba total desprecio por las posibles consecuencias disciplinarias, gran displicencia hacia las autoridades del colegio y, por extensión,

*Fabio Eslava Cerón
Psicoanalista titular
en función didáctica
de la Asociación
Psicoanalítica
Colombiana.

feslava@gmail.com

hacia los adultos en general. Evidentemente buscaba por todos los medios irritar a las directivas del colegio, que le hacían sentir sus defectuosos resultados como una incapacidad más o menos permanente e irreversible.

Él parecía sentir que los adultos querían o, mejor, queríamos limitarlo, adoctrinarlo, organizarlo e invadirlo por todos los medios posibles, el psicoanálisis entre ellos.

A pesar de la invitación a hablar libremente o a expresarse a través de dibujos u otros elementos, Leonardo se mostraba descuidadamente hermético e inaccesible. Parecería que su total desinterés por lo que pudiese estar ocurriendo en su interior sólo era comparable con su corrección y amable cortesía hacia mí. Su expresión era entre neutra y aburrida, excepto por las ocasiones que ya mencioné.

Esta situación de gran hermetismo se prolongó dos meses, durante los cuales mis esfuerzos interpretativos se basaban muchas veces en su expresión pre-verbal, y parecían infructuosos, excepto por el hecho de que Leonardo mantenía su asiduidad a las sesiones.

En una ocasión, tomó un poco de plastilina y, con una actitud muy displicente, construyó una primera escultura. Éste es un dibujo esquemático de ella (fig. 1).



Se trataba de una especie de ave mitológica, policéfala, llena de ojos vigilantes dirigidos en todas direcciones, sobre la cual el joven se negó a comentar. El mensaje parecía ser muy claro. Leonardo se encontraba, tras una apariencia de desinterés, en medio de grandes temores que lo llevaban a asumir una vigilancia estricta de todo aquel que se le acercaba, comenzando, por supuesto, por el analista. La obra me impresionó, sin embargo, por su fuerza y, al mismo tiempo, por el humor que comunicaba.

Más adelante me contó que en su casa había producido otra obra, y condescendientemente ofreció mostrármela. Se trataba de una figura humana sobre un cartón, en actitud de volar y llevada por algo parecido a un huracán (fig. 2).



En ese momento me llamó la atención un leve destello de orgullo tanto por su habilidad artística como por lo original de su creación.

A medida que pasaba el tiempo, mi impresión era que el proceso terapéutico adolecía de una gran pobreza, a pesar de las condiciones de mi paciente. Lo que les he comentado; sumado a ocasionales relatos de "aventuras" en un grupo con el que se involucraba en juegos de supervivencia en el campo y en competencias por bandos que simulaban algo parecido a una guerra de guerrillas que, aunque sin armas, resultaba frecuentemente en heridas menores... milagrosamente.

Algún tiempo más tarde, Leonardo me preguntó, como al desgaire, por el hecho de que yo tenía una grabadora en el consultorio, y ofreció poner a sonar una cinta con música. Parecía de nuevo hacerlo para llenar el tiempo, que transcurría entre gestos de aburrimiento cada vez más angustiosos para mí. Cuando accedí, sin dar mayores muestras de emoción, puso a sonar una grabación que en ese momento me pareció una discordante y angustiosa antimelodía. Evocaba simultáneamente una pelea de gatos, una demolición de un edificio metálico, el funcionamiento de algunos radios de onda corta en busca de frecuencias distantes y la prueba de algunos motores de explosión con el cigüeñal torcido. Sin embargo, algunas secuencias seguían un patrón repetitivo, lo que sugería algún grado de intencionalidad. Leonardo esperaba que mi reacción fuera la de prescindir de la música en las sesiones.

Su actitud era de un desafío que parecía divertirlo mucho. Así que cuando comencé a preguntarle con interés por la música y sus intérpretes, sin buscar sus mensajes personales, comenzó condescendentemente a instruirme acerca de las diferentes secuencias que se podían observar tras lo que todavía me parecía un ruido difícilmente soportable. Los títulos de las diferentes unidades acústicas o, digamos, canciones, parecían planeados exprofeso para transmitir un sufrimiento sin nombre. Así, mientras me instruía en Iron Maiden, que de paso resultó ser una caja con puntas hacia adentro que se usaba en Inglaterra para torturar y matar a las personas encerrándolas en ella, mi percepción era que se trataba de algo muy importante para Leonardo que escapaba a mi comprensión. En una ocasión, me descubrí pensando en que la caja estaba dirigida contra mí. Luego apareció Black Sabbath... era necesario defenderse de todos los demonios... Quiet Riot: "Call me

nasty, call me mad cause I'm a bad boy" ("Llámame repugnante, llámame loco porque soy un chico malo"). "My mother hates me...".

Creo que por todos los medios a su alcance y en su estilo, al principio, Leonardo me dio a entender lo insalvable de la distancia que necesitó poner entre nosotros, pero, al mismo tiempo, de alguna manera me hizo sentir su necesidad de comunicarse y de recibir ayuda. Cuando le interpreté así, se encogió de hombros y me dijo dos palabras llenas de ánimo y esperanza. Dijo desinteresadamente: "Puede ser".

Así las cosas, por comunicaciones indirectas procedentes de la familia, me enteré con sorpresa de que Leonardo progresaba de una manera muy notoria en todos los campos: escolar, familiar y social. El colegio, con cierto recelo, le aceptaba por el momento... La familia se encontraba muy satisfecha con el tratamiento, y observaba con gran complacencia la asiduidad con que él asistía a sus sesiones.

Pensé que en nuestras sesiones se estaba creando un espacio que servía de campo de juego al cual Leonardo tendía a circunscribir las vivencias psicológicamente tóxicas, y que eso le dejaba libertad para vivir con más tranquilidad su mundo exterior. Mientras tanto, el traer grabaciones domésticas de su música se había hecho una constante, al tiempo que aparecían grupos más inteligibles como Pink Floyd: "Teachers, leave them kids alone..." ("Maestros, dejen a esos niños en paz..."), Kraken... canciones menos violentas, pero siempre llenas de desolación. Barón Rojo, *Tierra de Nadie*: "Cavas trincheras en donde vivir, no crees en consignas por las que morir. Entre dos bandos que, al atacar, te atacan a ti y no puedes huir. Es triste saber que gane quien gane tú vas a perder...".

Mientras yo sentía que Leonardo cambiaba en su hermetismo, ocurrió en

una ocasión algo que me sorprendió aún más, y que constituye el centro de lo que les quiero comunicar hoy. Durante una de las sesiones en que me mostraba una grabación, al oír una de las canciones -que me pareció triste pero casi melodiosa- y preguntarle el título, Leonardo, con una sonrisa diferente, me dijo que era *tal...* De manera inequívoca era la primera de las piezas que al comienzo me había parecido inaudible.

Ya no era ese el caso. Claramente mi manera de recibir su música se había modificado. Sus explicaciones tuvieron eso en consideración y se convirtieron en una manera más ágil y entusiasta de comunicación conmigo. Para él, mi cultura musical había mejorado. Para mí, fue la señal palpable de que no solamente Leonardo se exponía con mayor apertura y confianza a lo que procedía de mí. Yo también había salido a su encuentro, sin saberlo, a nuestra propia "Tierra de Nadie".

Este encuentro en un campo intermedio, no totalmente suyo ni mío, hacía que disminuyeran sus temores de invasión, y los míos de perder el contacto. Podía ser que yo dejara de ser sentido como un alienígena peligroso o un alienista inquisidor para venir a representar, desde algo más pacífico e inocuo, hasta un objeto bienvenido en su mundo. Entonces Leonardo me pudo explicar que había construido un refugio en lo alto del armario de su cuarto, donde se dedicaba a oír música en un volumen que no le dejara oír las imprecaciones de su padre ni las recriminaciones de su madre. Ambos solían intervenir en su cuarto a veces, examinando cajones donde guardaba cosas personales. Especialmente su música. Durante el último tiempo, ya le aburría un poco el refugio y había dejado de usarlo.

Me contó acerca de sus dificultades en el colegio y de cómo iba mejorando su desempeño. Sus preocupaciones se centraban en su grupo de amigos y en

una niña que empezaba a gustarle, pero no se atrevía a abordar. El tratamiento duró aún varios meses, pero tuvimos que reducir la frecuencia de las sesiones de manera gradual hasta suspender.

Para ese momento, su gusto en la música se había suavizado desde el rock pesado hasta Silvio Rodríguez. "Sólo le pido a Dios...".

Hasta aquí Leonardo.

Discusión

Howard Levine llama la atención acerca de la idea de Bion (1970) sobre la manera en que la incapacidad para "sufrir" la experiencia es un obstáculo para analizarse¹. Pienso que si bien en un adulto tal incapacidad puede verse como un déficit estructural (tengo mis dudas), en un adolescente puede ser una condición a la espera de las circunstancias propicias para abandonarla. El adolescente somete a prueba el ambiente y, en éste, la maleabilidad². Mientras en un adulto tal incapacidad se puede ver como inhibición neurótica, para el adolescente en trance de identificarse y de lograr las metas propias de esa etapa³, el no poder "sufrir la experiencia" indica el temor de perderse en la anomia y en la confusión entre Yo y no-Yo⁴.

La invitación del analista se ubica entre la necesidad de constancia y la capacidad de recibir al adolescente con la maleabilidad de la madre en el pasado remoto. Ella responde a la necesidad del bebé, pero no pierde su identidad esencial⁵. Se trata de lo no representado y su

¹ Bion, *Atención e Interpretación*.

² Marion Milner.

³ Erikson, *Infancia y Sociedad*.

⁴ Bleger, "La posición glichro-cárica".

⁵ Roussillon.

elaboración. De lo que conduce a la “apropiación subjetiva”. “Donde estaba el Id, los impulsos, el SuperEgo, el objeto o lo no representado, estará el Ego como sujeto”. Se trata de la activación de la experiencia del “objeto encontrado-creado”⁶.

El analista de adolescentes debe poder empatizar con lo más regresivo sin perder la distancia de escisión con sus partes psicóticas de la personalidad. Su presencia previsible y constante invita a su paciente a recorrer y, a menudo, a desbrozar y abrir un camino narrativo que traza la historia psicológica cuyos capítulos están simultáneamente presentes.

Pienso que he escogido este ejemplo porque quedé con la sensación de que es un caso en el que, de manera muy evidente, la aceptación de Leonardo a comunicarse y a permitirse cambios en su vida no tuvo mucho que ver con interpretaciones por mi parte. Sí, en cambio, por el efecto de un encuadre estable y previsible en el que fue posible detectar cosas tan sutiles como la aparición del campo transicional intermedio, al cual ambos nos asomamos hasta el encuentro.

A mi manera de ver, este campo intermedio o espacio transicional cuya dolorosa metáfora es la “Tierra de Nadie”, que es el espacio entre trincheras enemigas que lo disputaron con gran ferocidad en la Primera Guerra Mundial, y probablemente en todas las demás, representa el trabajo de búsqueda de un lenguaje común necesario en cualquier esfuerzo psicoterapéutico. En este caso, se pone de presente la manera en que, sin saberlo y en una suerte de “puesta en acto”, el analista se ve modificado en la percepción de su propio instrumento terapéutico, es decir, de su propia persona.

Lo que pasa en la “Tierra de Nadie” es algo que merece nuestra atención. El encuentro al que me he referido se da en

un espacio o campo en el que la apertura y la disposición de los participantes, en dirección hacia una suerte de fusión, se pone a prueba, como un trasfondo estructurante del plano en el que se dan los elementos más móviles del material analítico. Siempre con la vista puesta en la actualización de las experiencias tempranas, es la modificación que sufrí en el proceso, a la manera del “medio maleable” descrito por Marion Milner, a lo que quiero llamar su atención. El concepto ha sido elaborado por Roussillon en términos de “apropiación” de la madre que ha tolerado su propio cambio frente a las necesidades del infante, sin perder su identidad básica.

En la situación con Leonardo, la medida del cambio mío frente a su invitación se manifestó, para mi sorpresa, en la aceptación no intelectual de su música, cosa que solamente hice consciente *a posteriori*.

He enfatizado lo ocurrido en mí con respecto al proceso que condujo a mi paulatina aceptación de la música que Leonardo propuso, pensando presentar a ustedes lo que me parece que constituye un indicio de la maleabilidad propia, la que considero una actualización de la experiencia temprana, presente en la relación transferencial-contratransferencial.

La música, como expresión emocional temprana, ligada a la función materna, representa elementos muy profundos y arcaicos de los que tenemos noticia sólo indirectamente en la situación analítica⁷. Vista esta experiencia retrospectivamente, no es sorprendente que el vehículo para incursionar en nuestra particular “Tierra de Nadie” fuese precisamente la música, algo tan cercano al núcleo de la psiquis, y de origen tan arcaico como para conllevar la percepción del infante que nos habita, de ser aceptado o rechazado.

⁶ Winnicott.

⁷ Racker.